

Día de todos los Santos

Apocalipsis 7, 2-4, 9-14 Mateo 5, 1-12

Domingo XXXI Tiempo Ordinario

Deuteronomio 6, 22,6 Marcos 12, 28b-34

***“Estad alegres y contentos,
porque vuestra recompensa será
grande en el cielo”***

1 Noviembre 2009 P. Carlos Padilla Esteban

“¿QUÉ MANDAMIENTO ES EL PRIMERO DE TODOS?”

Este domingo celebramos la fiesta de todos los santos. Sin embargo, no deja de sorprenderme la fuerza con la que la fiesta de Halloween se ha introducido en nuestra cultura, entre los niños y jóvenes. Ayer pregunté en una misa qué fiesta celebrábamos y varios niños respondieron: Halloween. Es una palabra derivada de la expresión inglesa All Hallow's Eve (Víspera del Día de los Santos). Los niños se disfrazan para la ocasión y pasean por las calles disfrazados, pidiendo dulces de puerta en puerta. Se venden trajes de halloween, calaveras, disfraces y tantas cosas que no dejan de resultarnos extrañas. Se habla de una noche de miedo y terror, cuando la fiesta de todos los santos nos habla de esperanza y vida. Halloween es una fiesta proveniente de la cultura céltica, que se celebra principalmente en Estados Unidos. La historia se remonta a hace más de 2.500 años, cuando el año celta terminaba al final del verano, el día 31 de octubre de nuestro calendario. El ganado era llevado de los prados a los establos para el invierno. Esta fiesta marcaba el final del verano y de las cosechas, para pasar a los días de frío y de oscuridad. En esa noche se creía, que el dios de la muerte, hacía volver a los muertos de los cementerios, permitiendo comunicarse así con sus antepasados y apoderarse de los cuerpos de los vivos para resucitar. Para evitarlo, los poblados celtas ensuciaban las casas y las "*decoraban*" con huesos, calaveras y demás cosas desagradables, de forma que los muertos pasaran de largo asustados. De ahí viene la tradición de decorar con motivos siniestros las casas y también la costumbre de disfrazarse. **La Iglesia cristianizó hace muchos años esta fiesta pagana y ahora, curiosamente, se está paganizando nuestra fiesta cristiana. Es por eso que hoy celebramos con alegría a todos nuestros santos, porque queremos rescatar el valor de una fiesta en el que la Iglesia recuerda a todos.**

Hoy es la gran fiesta del año en la que recordamos a todos los santos anónimos, que han dado su vida por el Señor y han hecho realidad el mandamiento fundamental del amor. Celebramos a todos los que ya se encuentran en compañía del Señor. En esa lista están aquellos que han sido reconocidos por la Iglesia y, además, todos los santos anónimos de la historia que no han subido a los altares y que sí han sido reflejo del rostro de Cristo en el mundo. Encarnaron en sus vidas el mensaje de las *Bienaventuranzas* y respondieron con su generosidad en la entrega a la pregunta del Evangelio: "*¿Qué mandamiento es el primero de todos?*" Todos dieron con su testimonio de amor la respuesta que escuchamos en Marcos: "*Amar al Señor y al prójimo*". Porque como dice **S. Antonio María Claret**: "*El verdadero amante ama a Dios y a su prójimo*". Y añade S. Antonio cuál es

el espíritu de los santos: *“Un hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa. Que desea por todos los medios encender el mundo en el fuego divino del amor”*. **Los santos quieren que el mundo arda con el fuego del amor de Dios. No quieren perder la vida sin un sentido claro, quieren entregarse por entero.**

Hablar de santidad hoy resulta extraño en el mundo en que vivimos, en nuestra sociedad enferma. No es fácil. Los santos no atraen ni despiertan vida. Se piensa que son algo del pasado. Hace poco pensaba en **Vicente Ferrer**. Su vida fue un testimonio de amor y entrega por los que más sufren; sembró la paz y se convirtió, como han escrito a raíz de su muerte, en *“el gran símbolo de la cooperación internacional, en un visionario empeñado en el cambio radical y la revolución silenciosa”*. Hasta el punto de que veían en él no sólo una presencia de Dios: *“No sólo en un santo. Poca cosa para figura tan grande”*. Sino a Dios mismo: *“Vicente Ferrer fue, es, seguirá siendo para los suyos mucho más. Lo dice Sheeba, que le conoció de niña y hoy acompaña como traductora por todos los rincones de Anantapur, a quien por allí se pasa a contemplar su obra: “Él era el dios que podíamos ver, el dios que podíamos tocar”*. Y es que, en el fondo, el hombre necesita tocar a Dios en los hombres, necesita a un Dios que se hace carne. Por eso idolatramos con tanta frecuencia a las personas; y hacemos ídolos de los deportistas y actores. Porque en ellos vemos reflejados los sueños inalcanzables que viven en el corazón. Por eso cuando esos ídolos se caen, como esta semana cuando escuchábamos que Agassi consumió drogas durante su carrera deportiva y ocultó la verdad, nos invade una cierta tristeza. Los ídolos caídos nos duelen, porque parece que sus vidas intentan demostrar que no es posible, que la autenticidad de vida es sólo una quimera. **Sin embargo, los santos nos elevan siempre hasta Dios. No quieren que nos quedemos en ellos, porque ellos sólo reflejan la luz de Dios.**

Sheeba, la mujer que veía en Vicente Ferrer a Dios mismo, consideraba que era más que un santo, que era Dios para ella. Así deberían ser los santos para nosotros y no como muchas veces ocurre que nos parecen seres lejanos, demasiado perfectos e inalcanzables. Nos parecen demasiado buenos y con frecuencia pensamos que ser santo significa perfección. Sin embargo, ya lo decía el **P. Kentenich**: *“La santidad no es algo extraño y ajeno sino que encarna todo lo noble y hermoso”*¹. Descubrimos en nuestro interior la debilidad y el pecado y deseamos tocar lo más noble y grande que anhela el corazón. Por eso nos sentimos muy identificados con las palabras de **S. Agustín**: *“Hay en nosotros, para decirlo de algún modo, una docta ignorancia. Docta, sin duda, por el Espíritu de Dios, que viene en ayuda de nuestra debilidad”*. Experimentamos nuestra debilidad e ignorancia. Por eso nos cuesta creer en la santidad como fin de nuestro camino. Nos cuesta entender cómo el Espíritu Santo va a hacer posible lo que nos parece inalcanzable. La perfección nos parece sólo un sueño. Y, en realidad, tal como entendemos la perfección, como ausencia de fallos y como vida inmaculada, es verdad que no es posible. **Y es que muchas veces se ha extendido un concepto de santidad centrado en la perfección. De esa forma se han formado corazones crispados y en tensión tratando de llevar una vida perfecta.**

Por eso encuentro importante reflexionar hoy sobre el verdadero significado de la palabra santidad. Decía el **Cura de Ars**: *“Los santos son hombres como nosotros, pero que aman a Dios más que nosotros”*. Y continuaba: *“Los santos sólo pensaban en ver a Dios, en trabajar para Él. Se olvidaban de todo lo demás para no dedicarse más que a Él”*². Cuando escuchamos a los santos hablar de santidad, parece que el camino es más sencillo y más rápido hacia lo más alto. Al contemplar sus vidas, al ver su pequeñez y su grandeza, el corazón se enamora y sueña con sus propios sueños. Con sus sueños de santidad. Los santos son el reflejo más directo del rostro de Dios. Todos queremos tocar a Dios. Pero

¹ J. KENTENICH, *Santidad ahora*, 159

² CURA DE ARS, *su pensamiento, su corazón*, B. Nodet, 248-249

nos cuesta verlo tan fácilmente. **Nos cuesta pensar que hay santos a nuestro lado. Y cuando creemos que alguien es santo, lo idealizamos, volvemos a pensar en perfección y no aceptamos su pecado como parte de su camino de santidad.** Justo el otro día una persona me proponía comenzar el proceso de beatificación de alguien recientemente fallecido. Yo no conocía tanto a esa persona. Al principio me quedé callado y algo sorprendido por la dificultad que conlleva abrir un proceso así. Sin embargo, después de pensarlo, me dije: “¿Y por qué no?” Los santos viven el camino de las bienaventuranzas en el silencio de sus vidas y hacen de los deseos de Dios su alimento diario. Muchas veces sus vidas pasan desapercibidas para la mayoría, pero su testimonio nunca queda oculto para sus seres queridos, para los más cercanos. Ojalá hubiera muchos procesos de beatificación abiertos. **Ojalá encontráramos continuamente personas cuya santidad nos moviera a actuar y a dar la vida. Eso querría decir que sus vidas manifiestan el amor de Dios hecho carne y reflejan el rostro de Cristo.**

El camino hacia la santidad comienza con una llamada. Las palabras de la Apocalipsis nos muestran a ese Dios que marca a los que elige: *“Luego vi a otro Ángel que subía del Oriente y tenía el sello de Dios vivo; y gritó con fuerte voz a los cuatro Ángeles a quienes había encomendado causar daño a la tierra y al mar: “No dañéis ni a la tierra ni al mar ni a los árboles, hasta que marquemos con el sello la frente de los siervos de nuestro Dios.” Y oí el número de los marcados con el sello: ciento cuarenta y cuatro mil sellados, de todas las tribus de los hijos de Israel. “Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y el Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritaban con fuerte voz: “La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero.” Y todos los Ángeles que estaban en pie alrededor del trono de los Ancianos y de los cuatro Vivientes, se postraron delante del trono, rostro en tierra, y adoraron a Dios diciendo: “Amén. Alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza, a nuestro Dios por los siglos de los siglos, Amén” Uno de los Ancianos tomó la palabra y me dijo: “Ésos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?” Yo les respondí: “Señor mío, tú lo sabrás.” Me respondió: “Ésos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la Sangre del Cordero.” Apocalipsis 7, 2-4, 9-14. Esta descripción refleja la realidad de todos aquellos que han dado la vida por el Señor; son los que han seguidos sus pasos y han bebido su cáliz. **Son los llamados por Él a dar la vida, a darlo todo por amor. Son los santos de Dios.***

El anhelo de santidad comienza con una pregunta que surge en el corazón: ¿Qué he de hacer para ser feliz y pleno? Es la pregunta que tenía el joven rico y es la pregunta que aparece en el Evangelio correspondiente a este domingo: *“En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: “¿Qué mandamiento es el primero de todos?”* Todos queremos saber el camino para ser bienaventurados y felices siempre, cada día de nuestra vida. Porque sabemos que *“bienaventuranza”* significa vista y posesión de Dios en el cielo; y todos queremos ver a Dios aquí en la tierra, gozar ya ahora de su presencia y de su paz, de la vida que regala a los que se entregan por amor. **Las palabras del salmo expresan esa vida plena:** *“Éste es el grupo que viene de a tu presencia, Señor. Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes: él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos. ¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos. Ése recibirá la bendición del Señor, le hará justicia el Dios de salvación. Éste es el grupo que busca al Señor, que viene a tu presencia, Dios de Jacob”.* Sal 23, 1-2. 3-4ab. 5-6. **Queremos ser parte de ese grupo que sigue al Señor, que se entrega en su servicio y goza de su paz.**

Jesús responde a la pregunta del escriba: “El primero es: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amaras al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser.” Jesús vuelve a lo profundo de la ley del pueblo judío: *“Teme al Señor, tu Dios, guardando todos sus mandatos y preceptos que te manda,*

tú, tus hijos y tus nietos, mientras viváis; así prolongarás tu vida. Escúchalo, Israel, y ponlo por obra, para que te vaya bien y crezcas en número. Ya te dijo el Señor, Dios de tus padres: "Es una tierra que mana leche y miel." Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria." Deuteronomio 6, 22,6. El amor de Dios hacia sus hijos es tan grande que despierta el amor del hijo. Pero leemos y escuchamos estas palabras y nos sentimos muy pequeños. **Con todo el corazón, alma, mente y ser, nos parece imposible. Amar con todo lo que somos y tenemos. Quisiéramos que las palabras del salmo fueran nuestras, pero nos sentimos muy lejos:** "Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza. Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador". Sal 17,2-3a. 3bc-4 47 y 51ab

La respuesta de Jesús nos lleva a iniciar un camino y el camino es el que describe Mateo en las Bienaventuranzas. Es el espíritu de Santidad que estamos llamados a vivir. Es el amor por encima de todo: "Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros." Mateo 5, 1-12. Bienaventurado y feliz, es el que sigue la Palabra de Dios y la hace vida. Nos cuesta entender las paradojas de las bienaventuranzas. Porque nos resultaría más natural decir: "Feliz si te resultan tus planes y proyectos, si todo sale bien en tu vida, si no sufres la cruz y el fracaso". Sin embargo, Jesús nos dice que es feliz el que construye la paz, el que tiene un corazón limpio, el que es pobre de espíritu, el que es perseguido e injuriado, el que llora, el que tiene hambre y sed de justicia; feliz, en definitiva, porque sabe que su vida descansa en las manos de un Dios que lo quiere con locura. Si no fuera así, sería absurdo hablar de felicidad en el dolor y la cruz y de esperanza cuando todas las seguridades se pierden. Sí, es así, felices son los que con su vida reflejan el rostro misericordioso del Padre. Felices porque Dios llena sus vidas y les da plenitud. Felices porque están haciendo lo que Dios quiere para ellos en cada momento. Felices porque su alimento es vivir en Dios cada día. **Jesús, desde el monte, presenta un camino de vida, presenta la verdadera santidad de vida y sus palabras despiertan el corazón dormido.**

El P. Kentenich nos mostró la forma de vivir la santidad de la vida diaria. Una definición nos muestra los elementos esenciales de la santidad a la que aspiramos: "Es la armonía agradable a Dios entre la vinculación hondamente afectiva a Él, al trabajo y al prójimo en todas las circunstancias de la vida"³. El Padre siempre resaltó la necesidad de una armonía en nuestra vida, en los distintos ámbitos de la misma. Dios tiene que estar presente en todo lo que hacemos y nuestro corazón debe vivir anclado a Dios en toda circunstancia. **Los santos nos muestran el camino a seguir porque vivieron esta armonía en la gracia de Dios y fueron testigos de un amor más grande:** "El fruto y la eficacia de su vida santa y de su muerte ofrecida con desinterés, pasa a través de muchas personas. Los difuntos siguen actuando por medio de su ejemplo heroico, actúan por el hecho de que, en parte, encarnan en sí, de manera heroica, todo aquello que hoy se encuentra como gran idea en el cielo de nuestra vida. Ellos siguen actuando a través de su intercesión en cuanto unen sus manos a las de la María"⁴.

³ M. A. NAILIS, *Santidad de la vida diaria*, 13-17

⁴ J. KENTENICH, *Textos pedagógicos* (Heriberto King), 190

Y es que el amor a Dios y el amor de Dios, nos llevan a amar todo lo que nos rodea. Jesús añade algo que no le han preguntado y va más allá: "El segundo es éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay mandamiento mayor que éstos". Dice S. Beda al respecto: "Manifiesta que entre los escriba y fariseos se trataba muchas veces la grave cuestión de cuál era el mandamiento primero o el principal de la ley divina. Unos decían que el ofrecer panes ázimos y sacrificios, y otros que el hacer obras de fe y de caridad. (...) Este escriba declara que así era como él pensaba". Sta. Teresita del Niño Jesús buscaba su propia vocación y la descubrió en el amor sin medida: "Reconocí y me convencí de que el amor encierra en sí todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y lugares, en una palabra, que el amor es eterno". Y es que el corazón desea **amar y ser amado**. Ayer se lo decía a unos novios en su boda. Les recordaba que ése es el deseo más auténtico y profundo del alma. Todo lo demás sobra y ese deseo no se puede nunca apagar. Deseamos recibir amor de Dios y de los hombres y deseamos amar a Dios y a los hombres sin medida. Sin embargo, ¡cuánto nos cuesta experimentar el amor de Dios en nuestra vida y amarle a Él con todo nuestro ser y con todo el alma! **¡Qué difícil nos resulta amar bien a los demás, crear vínculos sanos y profundos, experimentar el amor humano y entregarlo sin reservas! ¡Cuánto nos cuesta echar raíces en otros corazones, en hogares donde descansar y crecer!**

El Padre, cuando habla de santidad, siempre habla de santidad mariana, habla de una santidad en Alianza de Amor con María. Porque María nos educa para la santidad: *"Comprendéis qué importante es para nosotros que el amor a María esté profundamente arraigado en nuestras vidas. En la medida en que crece nuestro amor a María y mientras más tiernamente la amemos, veréis con qué poderosos impulsos y con cuanta protección contaremos para vivir la santidad de la vida diaria"*⁵. María es la santa de la vida diaria que nos lleva en el amor a dar la vida en cada instante. Ella nos enseña a amar de verdad. Ella es modelo y camino, Madre y discípula del Señor. Ella acogió la Palabra de Dios en su corazón y la hizo carne. Ella nos acoge y despierta en nosotros el espíritu de entrega y seguimiento, el espíritu que nos capacita para darnos por entero. Una religiosa decía hace poco antes de su consagración perpetua: *"María me susurra al oído: Todo es tan sencillo como creer y confiar en su amor. Todo es tan sencillo como obedecer en cada instante a esta certeza: eres lo más querido de su corazón y te está modelando con ternura"*. Se trata de una santidad vivida en Alianza de Amor con María. Somos sus hijos dóciles. No se trata entonces de lograr la perfección, sino de ser fieles a la llamada personal que Dios hace a cada persona. Se trata de vivir un abandono filial en las manos del Padre. **Se trata de caer y levantarnos, de luchar y entregarnos sin reservas. Que la medida de nuestro amor sea siempre un amor sin medida. Todo con la certeza de saber que Dios puede lograr siempre lo imposible.**

Dios nos llama para que entreguemos el don que ha sembrado en nuestra propia alma. Santidad es realización del plan original de amor de Dios con nosotros. El protagonista de la película *Benjamin Button* le decía a su hija: *"Nunca es demasiado pronto o demasiado tarde para ser el que queremos ser. Espero que vivas una vida de la que te sientas orgullosa"*. El que aspira a vivir la santidad está orgulloso de la vida que Dios le hace vivir. Todos, en el fondo del corazón, queremos ser felices. Muchas veces creemos que la felicidad nos la dan aquellas cosas que, al final, sólo nos producen una cierta satisfacción; o creemos que feliz es el que calma los deseos inmediatos del corazón. Sin embargo, en lo profundo, hay una pregunta sin respuesta, una llamada a la plenitud que no logramos calmar ni tapar. Dios no quiere que nos conformemos con una vida buena y placentera, quiere que nos dejemos moldear en las manos del Espíritu. Como nos decía hace años **Juan Pablo II**. *"Si somos lo que tenemos que ser, encenderemos el mundo"*. La santidad es el camino al que Dios nos llama. Querer ser santos hoy es revolucionario, porque la sociedad no invita a vivir la vida propuesta en las Bienaventuranzas. Al mundo de hoy le hace falta *"una*

⁵ J. KENTENICH, *Santidad ahora*, 169

revolución de santidad". Hacen falta santos que con su vida transformen el mundo a su alrededor. El camino comienza con una llamada en la que se nos pide que lo demos todo, que no nos guardemos nada. Un camino que consiste en dejar que lo que Dios ha sembrado en nuestro corazón, la forma original de vivir y amar que nos ha regalado, llegue a plenitud. **Los ideales que viven en nuestro interior son los que guían nuestro camino de santidad, son los que no nos dejan conformarnos con una vida mediocre.**

Ante la respuesta de Jesús: *"El escriba replicó: «Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios.» Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: «No estás lejos del Reino de Dios.» Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas". Marcos 12, 28b-34.* Y explica **S. Teofilacto:** *"No declara por esto que fuera perfecto. Porque no dice estás dentro del Reino de los cielos, sino no estás lejos del Reino de Dios".* La santidad es don de Dios y es el trampolín que nos lleva al cielo, al encuentro definitivo con el Señor. Todos los santos, en su camino hacia Dios, experimentaron la desproporción entre su pequeñez y el gran ideal al que eran llamados. **Se dieron cuenta de lo más importante de este camino de santidad: El amor.** La Madre Teresa, que manifestó en su vida el amor misericordioso hacia el que sufría, rezaba por ella misma y por su comunidad: *"Querido Jesús, ayúdanos a esparcir tu fragancia por donde quiera que vayamos. Llena nuestra alma de tu espíritu y vida. Que nuestra vida pueda ser un resplandor de la tuya"*. Todos los santos tomaron conciencia de que ellos sólo podían ser un resplandor de la luz verdadera, un reflejo de la verdad plena, un poco de agua que brota de la fuente más grande, el corazón de Cristo. **Sabían que ellos no eran dioses, sino sólo el reflejo del amor de Dios, que se hace carne para tocar al hombre. Sabían que sin Dios no podían hacer nada.**

Pero hoy se confunde con frecuencia la profundidad del amor santo al que Cristo nos llama con otras cosas diferentes. Adriana Ugarte, actriz en una película española reciente, contesta a una pregunta en una entrevista: *"¿Tú qué harías por amor? Cualquier cosa. Soy muy tonta para los sentimientos"*. Y la película muestra un tipo de relación en la que todo se confunde y todo vale. Lejos de hablar de un amor verdadero, que está dispuesto a dar la vida, nos encontramos con sentimientos que no se pueden controlar. **¿Es amor verdadero?** Hoy en día todo se confunde. **Y es que ése no es el amor que se sacrifica, que se niega a sí mismo, que se regala, que no tiene medida.** Sin duda está lejos del ideal que Dios señala como camino de santidad. Sin embargo, todo esto no es más que un reflejo de lo que mucha gente vive y piensa.

Por eso querría acabar hoy con las palabras del Apóstol S. Juan que hablan de un amor incondicional de Dios, de un amor verdadero: *"¡Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a Él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en Él se purificará a sí mismo, como Él es puro". Primera carta del Apóstol san Juan 3, 1-3.* Es la verdadera santidad a la que somos llamados: *"Seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es"*. El amor asemeja. **Dios nos hace santos, cuando nos ama, nos santifica.** Nosotros nos dejamos transformar en la escuela de María, en la escuela del Espíritu. Hacer su voluntad, lo que Dios desea, es lo que el alma reconoce como camino de plenitud. Sin embargo, no es fácil porque nos atamos a nuestros deseos y no somos capaces de dejarle a Dios conducir nuestra vida. Hoy imploramos el don de ser dóciles. **Que las bienaventuranzas se hagan carne en nuestras vidas. Que podamos dejarnos utilizar por Dios como instrumentos aptos en sus manos.**